

# Al rescate del cerebro



Llegan a la consulta del psicólogo como si vinieran de «una cámara de los horrores». Les espera un largo proceso para recuperar la identidad que perdieron en una secta. «Les ha pasado una apisonadora por encima»



JAVIER GUILLENEA

**M**aría se dio cuenta hace poco menos de un año de que todo en lo que había creído durante un lustro era mentira. Descubrió que el líder en quien había depositado su confianza solo era «un psicópata» en busca de «poder, dinero y sexo». Cuando por fin abrió los ojos vio que el paraíso era en realidad «una cámara de los horrores, un campo de concentración».

María es el nombre ficticio de una mujer que cayó en manos de una secta y huyó de ella «por instinto de supervivencia, cuando el nivel de maltrato y abusos se hizo

insuportable». Desde entonces intenta regresar a la normalidad con la ayuda de un psicólogo especializado con el que trabaja para recuperar su personalidad. Es un proceso lento, un camino repleto de miedos que también deberá transitar Patricia Aguilar, la española que a principios de julio fue rescatada en Perú, donde vivía tras ser captada por el líder de una secta.

El caso de esta joven ha sido mediático, pero hay otros muchos que no se hacen públicos. Se calcula que en España hay 400.000 personas (el 1% de la población) integradas en algún tipo de secta. «Es una realidad oculta, un goteo diario. A nosotros nos llegan todos los

días peticiones de ayuda de familias, los psicólogos que se dedican a esto no dan abasto», afirma el sacerdote Luis Santamaría, miembro fundador de la Red Iberoamericana de Estudio de las Sectas. El problema, sostiene Margarita Barranco, psicóloga experta en sectas de la asociación Redune, es que los especialistas «se pueden contar con los dedos de una mano».

El perfil de los adeptos es el de «un joven idealista con ganas de ayudar y con carrera universitaria», explica Miguel Perlado, coordinador del grupo de trabajo sobre derivas sectarias del Colegio Oficial de Psicología de Cataluña. Es un dato inquietante porque esa

descripción coincide con la de los hijos de millones de padres que piensan que sus chicos son demasiado inteligentes para cometer la estupidez de caer en manos de una secta. Luis Santamaría advierte de que «es un gran error sentirse invulnerable». «Las sectas –añádese– aprovechan de las carencias y debilidades de la gente, pero también de sus virtudes. Su adepto ideal es un joven militante, luchador y utópico que quiere hacer algo bueno por el mundo».

Una de estas personas es María, cuyos estudios superiores y su conocimiento de idiomas no le impidieron entrar en la boca del lobo. «Recuerdo que en los años ochenta

algunos documentales decían que los que caían en sectas tenían taras psicológicas, pero nada más lejos de la realidad. Los que caen no son imbéciles, y es algo que es preciso repetir una y otra vez: cualquiera puede ser víctima de una secta».

Basta con que se produzcan algunas circunstancias a las que nadie es ajeno. Las víctimas, argumenta Miguel Perlado, pueden ser personas que «atravesamos momentos delicados, separaciones, la muerte de algún ser querido o crisis de cambio, que se encuentran en una situación de vulnerabilidad y son captadas por gente especialmente preparada para hacer-

